

y las tropas nacionales, casi, desorganizadas, no parecia posible, que resistiesen, mucho tiempo, á las masas formidables de sus enemigos. La corte no tenia esperanza, sino en esta coalicion, y los republicanos, por su parte, pensaban sacar partido del espanto, con que llenaba la nacion. Se le manifestaba el enemigo exterior, que la amenazaba, y era fácil convencerla, que tenia en la corte un enemigo, no menos formidable, unido, en secreto, al primero; y para dar solemnidad á estas insinuaciones, se decretó, que la patria estaba en peligro; se llamaron todos los Franceses á su defensa, y se tiró de hora, en hora el cañon de alarma. Al mismo tiempo pidió Petion, á nombre del pueblo, la destitucion de Luis XVI, que

3 Agosto. designó como el amigo declarado de

los enemigos de la patria; reclamó una convencion nacional, y un ministerio sólitario, y responsable, hasta el fallo de la causa del rey. Se pasó esta demanda á una comision, y se ocuparon, en seguida, de la acusacion dada contra Lafayette, pero esta vez, los constitucionales, reuniendo todas sus fuerzas, no tuvieron gran suceso. Lafayette no fué considerado en acusacion, y este golpe de los republicanos les hizo temer otros. Se aprovecharon de la agitacion, que se aumentaba, sin cesar, en el pueblo, y empezaron la ejecucion de sus grandes proyectos.

---

§ IV. 10 de Agosto.

Todos los partidos estaban prontos, esperando la crisis, que debía decidir la

suerte de la Francia. Los girondinos, dueños, de la municipalidad de Paris, de una parte de la guardia nacional, de todos los gefes de federados, y ejerciendo, por su aliado Petion, un grande influjo, sobre el pueblo, conociéron, que era tiempo de obrar, si no querian ser prevenidos, por sus rivales, los orleanistas, y jacobinos: y se convino en un plan de ataque. Carra y Gorzas aringáron al pueblo; Barbaroux reunió los federados, y Guadet, en una comision particular, anunció la necesidad de una jornada, por la que, era preciso volver al reinado severo de la ley. Los jacobinos, por su parte, estában resueltos á hacer, que el movimiento resultase en su favor; Chabot declamó en la sociedad de los jacobinos contra los moderados; Merlin anunció al populacho,

que la asamblea era impotente para salvarle, y que debia hácerse justicia por si mismo; Danton, encareciendo estas proposiciones demagógicas, aconsejó al pueblo, que no reconociese mas poder, que su fuerza, ni mas derecho, que el de la naturaleza; y Sillery tomó un alojamiento en el arrabal de San Antonio, para estar al alcance de favorecer los partidarios de su amo <sup>1</sup> (Orléans). Los diversos partidos obráron, sordamente, para disponer el espíritu á su favor. En el seno de la asamblea no se hicieron una guerra menos viva:

<sup>1</sup> Sillery, partidario del duque de Orléans, se unió á los girondinos, cuando la causa de este principe fué desesperada. Se manifestó mas amable en esto, que la mayor parte de otros amigos del debil duque, agentes asalariados, y despues anarquistas exaltados.

los girondinos, que tenían en su favor la mayoría, y el poder legal, hablaron mucho de respeto á la ley; se inclinaban á dar á la asamblea el derecho de decidir la grande cuestion, que dividía todos los espíritus, sobre la caída de Luis XVI. Sin embargo, cuidando, sobre todo, conservar su popularidad, ningun partido se atrevia á ir muy adelante, y todos espian las circunstancias, y la opinion pública. Los constitucionales se habian unido, por un momento, á la corte, de la que desconfiaron, y esta reclamaba, por su parte, la proteccion de los constitucionales, á los que habia profesado un odio implacable.

9 Agosto

Tal era la situacion de Paris, cuando el 9 de agosto, corrió el ruido de que el movimiento proyectado tendria lugar, por la tarde. Todos los partidos corrié-

ron á las armas, y se prepararon, con igual ardor, al ataque, y á la defensa.

La corte llamó a su lado á Mandat, comandante de la guardia nacional, y se doblaron los puestos. Los Suizos, que se hallaban en Paris, fueron reunidos en palacio, y se reunieron, tambien, los batallones constitucionales de la guardia nacional, la gendarmeria de á caballo, y los artilleros. Un cuerpo numeroso de guardas antiguos del rey se arrimó á sus defensores, y seiscientos ú ochocientos caballeros armados llenaron las habitaciones. Roederer, procurador sindico del departamento, hizo proclamar la ley marcial, y dar á sus tropas la orden de rechazar la fuerza, con la fuerza.

Entretanto, la asonada habia empezado á oirse en las cuarenta y ocho

secciones, y todos los ciudadanos iban á sus puestos; los federados habian tomado las armas, con las que contaban los girondinos, principalmente, para el ataque del castillo; y como estaban, igualmente, seguros de la asamblea, y la municipalidad, unicas autoridades populares, se creyeron dueños del movimiento. Dirigiéron, pues, todos sus esfuerzos, contra las Tullerías, sin pensar que tenian, entre sus aliados, enemigos mas formidables. Mientras que estos ardientes republicanos iban á la asamblea, para vigilar los intereses de la libertad, se reclutaban gentes, que atacasen, y llamar el pueblo á las armas. Danton, gefe, entónces de la sociedad de los menores, amigo de los anarquistas, y mirado, como un aliado, por los orleanistas, reunia los ciudada-

nos en las secciones, deponia la municipalidad, hacia dar el señal oficial de la insurreccion, por las resoluciones de cuarenta, y ocho asambleas deliberantes, y se atribuia, de este modo, todo el honor. Hacia reemplazar la municipalidad, por hombres nuevos, nombrados, por instigacion suya; y, si por no dar motivo de desconfianza á los girondinos, se dejaba á Petion, y Manuel, á la cabeza de este ayuntamiento demagógico, era con la certeza de haberles arrebatado toda verdadera influencia.

La asonada se oia sin cesar; los Marselleses se pusieron los primeros en marcha, y desde las seis de la mañana estaban formados en batalla en la plaza de Carrusel. Inmediatamente, el arrabal de San Marcelo, en dos filas, llegó por el puente nuevo, y el puente réal;

una porcion rodeó el palacio, por el lado del rio, y otra vino á unirse con los Marselleses. Un batallon entró en el jardin por el terrazo de los feuillans y se puso, inmediatamente, en batalla. En el mismo instante, el arrabal de San Antonio desbocaba, por la calle de San Honoré, el baluarte, y todos los puestos estaban cercados.

La guardia nacional llegó, tambien, sucesivamente. Muchos batallones entraron en los patios, para reunirse á los defensores del rey, y otros á los agresores; pero estos mismos que se preparaban á defender á Luis XVI, estaban muy mal, con sus antiguos guardias, y los nobles, que se hallaban en palacio, dejandose decir, contra ellos, expresiones las mas denigrativas. Petion estaba en las Tullerías, y se queria detenerle

en renes; pero la asamblea, informada de su posicion, le libertó, llamandole á la barra, por medio de un decreto. Libre, apénas, de las garras de sus enemigos, fué consignado en la merindad, por los insurgentes, que, unos temian su presencia, y otros querian garantir su seguridad.

El rey habia ya visitado los puestos, y recibido, por todas partes testimonios de amor, á excepcion de un descontento general que se manifestó en la guardia nacional, viendo, en su comitiva, algunos señores vestidos de corte. La reyna se vió obligada á suplicar, que calmasen este movimiento peligroso. Se celebró un consejo en el cuarto del rey; Rœderer, los oficiales de los departamentos, y los ministros, iban, y venian, daban ó recibian órdenes, sin conse-

cuencia, ni unidad. Joly, ministro de justicia, hizo pedir á la asamblea una diputacion de su seno, que protegiese al monarca; y la mayoría, decidida á concluir la larga lucha de dos poderes, se apresuró á pronunciar la orden del dia.

El rey y la reyna, informados del peligro pasáron de nuevo en revista á los defensores de palacio, y la reyna los excitó, por discursos enérgicos; pero algunos batallones armados con picas, que acabában de entrar en los patios, gritáron *¡Viva la nacion!*..... abandonáron las filas, y fuéron á la plaza de Carrusel, para reunirse á los agresores, que los recibieron, con entusiasmo. Los gendarmes y los artilleros, sin dejar sus puestos, respondieron á los gritos de *viva el rey*, por los de *¡Viva la nacion!*..... Esta

debil oposicion parecia estar compensada, por la continencia de la guardia nacional, y los Suizos. La reyna, sobre todo, esperába mucho de este dia, y, arrebatando una pistola de la cintura de un oficial suizo, se la presentó á Luis XVI, diciendo; este es el momento, en que debeis manifestaros; pero no contestó á este llamamiento, y se contentó, con recomendar á los soldados, el cumplimiento de su deber.

Rœderer llegó, inmediatamente, muy alarmado, porque conocia la responsabilidad, que pesaba sobre su cabeza, cualquiera que fuese, el partido triunfante; y queria dejar tan pesada carga. Expuso al rey la situacion de los espiritus, manifestandole todo Paris sublevado, y los arrabales, los Marselleses, y una parte de la guardia nacional, si-

tiando las Tullerías. Se hizo observar el grito de ¡Viva la nación! de los artilleros, y gendarmes; y acabó, por aconsejarle, que se refugiase á la asamblea. Luis XVI resistió, por el momento, á este parecer; pero al fin cedió, á pesar de las representaciones de la reyna. Todas las salidas estában ocupadas por los sitiadores, y habia una dificultad, en penetrar sus batallones, para ir al salon del picadero. Roederer habló, á nombre de la ley, y las filas se abrieron; pero no querian dejar pasar, sino al rey, y sacrificar á la reyna, á la venganza pública. Roederer, y las autoridades constitucionales, que rodeaban á la primera, apenas podian calmar esta efervescencia. Un hombre del pueblo se apoderó de la mano del rey, y le prometió, en terminos groseros, su proteccion. Otro tomó

el principe jóven, en sus brazos, é inmediatamente, gritaron ¡Ninguna muger! ¡Fuéra madama veto! Roederer, afectando firmeza, anunció, que un decreto de la asamblea mandaba que la familia real fuese á su seno; se separó la multitud, y el rey, con las princesas desgraciadas entró en el salon. Luis XVI fué á sentarse al lado del presidente, y el hombre, que se habia apoderado del principe jóven, le depositó sobre el despacho, quedando todo en silencio.

El rey expuso los acontecimientos que le llevaban á la asamblea nacional, y aseguró, que se creeria, siempre, en seguridad á medio de ella.

Vergniaud, presidente, respondió: « La asamblea conoce sus deberes, y hará respetar las autoridades constituidas. » Estas pocas palabras fuéron aplau-

didas, y un miembro observó, que no podia deliberarse en presencia del gefe del poder ejecutivo. El presidente señaló al rey, por residencia, el cuartito, que habia servido al redactor de un diario de las sesiones (el logografo). Luis XVI, y su familia fuéron á encerrarse, y asistieron á las tristes deliberaciones de que eran el objeto.

Apenas, en seguridad, la familia real, cuando una horrorosa descarga de artilleria, seguida de tiros de fusil, repetidos, sin intervalo, se hizo oir, sin saber la causa. Muchos diputados pensaron que era una traicion de la corte. — ¡ Á su sitio, legisladores, que somos atacados! gritó un dependiente de la asamblea, y los diputados no pudieron menos de tener un poco de miedo. Guadet, sucesor de Vergniaud en la presi-

dencia, les recordó, que debian, vivir, ó morir por la libertad, y repitieron, con entusiasmo, todos los republicanos, *¡Viva la nacion!* juraron morir por la libertad, y la patria, y este juramento fué inscripto en el proceso verbal. La asamblea se declaró en permanencia, y se restableció la calma.

Inmediatamente se hizo entrar una diputacion de la nueva municipalidad: hizo la relacion de un combate sangriento, contra los suizos, despues del que, el pueblo se habia apoderado de palacio, y reclamó las órdenes de la asamblea; se deliberó, sobre este informe nombrando dos comisiones; la una para calmar los vencedores, y convidarlos á la moderacion, y la otra, para conferenciar con el nuevo ayuntamiento, y tomar las medidas necesarias en las circunstancias.



Las relaciones, que llegaban á cada momento instruyéron á la asamblea de los acontecimientos, que acababan de tener lugar. Despues de la salida del rey todo fué inútil; ni los comandantes de palacio tratáron de defender los puestos exteriores. Los Marselleses, y los batallones de los arrabales, entráron, sin batirse, en los patios. Los artilleros, y gendarmes, con una parte de la guardia nacional, se declaráron en su favor, y se parlamentó con los suizos. Todo anunciaba una proxima pacificacion y los suizos ponian ya sus bayonetas, en la vaina, cuando, de repente, un tiro, que salió del palacio, hizo gritar, de ambas partes; ¡traicion! El tiempo no ha aclarado, aun, este hecho, y, se ignora, que mano dió el golpe fatal; pero hay motivos de creer, que fué la de algun impru-

dente servidor del trono; sea lo quiera, sus consecuencias fuéron terribles. Los suizos, á quienes su mayor Backmann presentó este tiro, como una traicion del partido popular, se apoderáron de varios cañones, los disparáron sobre los Marselleses, y añadiéron al terrible efecto de la metralla el de un fuego de fila bien sostenido, que, por algunos minutos, rechazó el pueblo, y los federados; pero los Marselleses se reuniéron; y los arrabales, la guardia nacional, y los artilleros los sostuviéron: volviéron á tomar la ofensiva; sus cañones y sus fusiles fuéron asestados sobre los suizos, é, inmediatamente, estos desgraciados extranjeros cayéron abrumados, por el número immenso, que los atacó. Casi todos pereciéron en esta sangrienta accion, ya sea por el cañon de los Marselleses,

ó ya sea por los golpes del populacho, que seguia los vencedores. El palacio fué asaltado, se puso fuego á los cuarteles, y pasó, inmediatamente, á todos los edificios: Las habitaciones del rey fuéron devastadas; sus fieles servidores perseguidos, presos, ó sacrificados; pero el pueblo, que la venganza y odio transportáron, uniendo á estos horribles movimientos un sentimiento de honor, y de entusiasmo, no se entregó al pillage, é hizo, al mismo tiempo, una severa justicia á un pequeño número de ladrones, que se habian introducido con él, en las habitaciones del rey. Todos los efectos preciosos, que se tomaron, fuéron, fielmente, llevados, como trofeos, á la asamblea, sin que los vencedores tratasen de tener el menor provecho.

Sin embargo la barra de la representa-

cion nacional estaba llena de suplicantes, que, en presencia de Luis XVI venian á hacer un cuadro falso de las traiciones, y crimines del poder ejecutivo, y pedir su caida. La mayor parte de estos discursos eran acogidos con aplausos, ó, á lo menos, oídos con amor, y cariño.

Vergniaud, al fin, se presentó en la tribuna á nombre de la comision extraordinaria. Leyó, sin reflexion alguna, ni discurso preparatorio, un proyecto de decreto que, despues de un corto preambulo, en que los agravios de la asamblea contra Luis XVI estaban expuestos, con bastante moderacion, y contenia las medidas siguientes votadas, inmediatamente, sin discusion.

1º Esta citado el pueblo frances, á formar una convencion nacional.

2º El gefe del poder ejecutivo queda

suspense, en sus funciones, hasta que dicha convencion haya pronunciado sobre las medidas, que debe tomar, para asegurar la seguridad individual, y el reinado de la libertad é igualdad.

Ademas comprendia el nombramiento, ó el ministerio nuevo, y daba el palacio de Luxemburgo para residencia de la familia real, cuando estuviese en calma Paris.

Este decreto era la obra de los girondinos, y pensaban, sin nuevas agitaciones, establecer, por este medio, el gobierno republicano. Reinando ya, sobre la asamblea, creian haber hecho todo, asegurandóse del poder ministerial, reeligiendo á Roland, Servan, y Claviere, pero Danton entró con ellos en consejo, y este hombre feroz gobernaba los jacobinos, y el populacho. La municipalidad

no estaba ya bajo la influencia de los girondinos; y Robespierre, y Marat, que se habian ocultado, mientras el combate, se atribuyeron el honor de la victoria, y reclamaron su precio. En fin el pueblo puesto, de nuevo, en movimiento, no debia detenerse, sino despues de haber recorrido, hasta el fin, la carrera de las exaltaciones políticas, y mas deplorables estravios.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

*Geoff. Dávalos*